

A la hora de cerrarse el plazo para la formación de coaliciones electorales es ya un hecho que el bloque sociopolítico de la derecha se presenta a las elecciones generales con tres formaciones políticas: Unión de Centro Democrático, Confederación Demócrata Española y Unión de Derechas. Después de haber intentado inútilmente cada uno de estos grupos organizar una coalición más amplia, no ha habido más alianza que la realizada entre las llamadas fuerzas nacionales (Blas Piñar y José Antonio Girón) y los tráfugas anticonstitucionales de lo que fue Alianza Popular (Federico Silva y Gonzalo Fernández de la Mora), hoy patrocinadores de un grupúsculo de extrema derecha denominado Derecha Democrática Española.

Porque lo más sintomático de la actual situación de la derecha es que ninguno de estos grupos ha aceptado coaligarse por su derecha, sino que ha intentado aliarse por su izquierda. Así es posible establecer un curioso mosaico donde los nacionales han perseguido unirse con la Confederación Democrática, y éstos ganar para una coalición a Unión de Centro Democrático; a la vez que el actual partido gubernamental ha barrido prácticamente de las listas electorales a su ala derecha, colocando a los socialdemócratas en posiciones hegemónicas. Los primeros rechazados por los segundos como fascistas, los segundos denunciados por los terceros como neofranquistas y los terceros escorados hacia la izquierda forman un curioso cuadro preelectoral donde cada sector de la derecha huye como si se tratase de la peste de sus antiguos correligionarios políticos.

La mala imagen de la derecha en España, como consecuencia de su identidad con la dictadura hasta los últimos años del dictador, hace que no sólo rehúyan el sustantivo de derecha (UCD), sino que resaltan el adjetivo democrático (UCD, CDE, DDE) para lo que es imprescindible distanciarse de su derecha y aproximarse por su izquierda. De este modo, rehuyendo la mano que se le ofrece por la derecha, y buscando la izquierda que se le niega, la derecha se presenta, una vez más, dividida a las próximas elecciones.

Pero no es sólo un problema de imagen o de uniforme. Porque el factor divisor es que los sectores de la derecha persiguen objetivos políticos distintos y un modelo de sociedad diametralmente opuesto. Entre el proyecto dictatorial de los nacionales, que resucitan hasta la terminología de la dictadura reivindicando de nuevo la recomposición del Movimiento Nacional del que formaron parte hasta un buen sector de UCD, hasta la congelación extraparlamentaria del proceso democrático de los neofranquistas, que representan los intereses económicos y políticos desarrollados a lo largo del franquismo y que no pudieron imponer el tipo de reforma que preconizaban en la primavera de 1976, pasando por la consolidación de un determinado tipo de



Osoño, Arelliza, Pastor Ridruejo, Fraga y Lasdén —el neofranquismo civilizado—, en la sede de Acción Ciudadana Liberal.

Las tres derechas

CON LA MANO DERECHA ATRAS Y LA MANO IZQUIERDA DELANTE

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

democracia de la UCD media un abismo infranqueable.

La desaparición de un grupo parlamentario

No deja de ser particularmente indicativo de ello el hecho de que todos los grupos parlamentarios de las anteriores Cortes constituyentes haya sido, precisamente, el franquismo de Alianza Popular el único que se haya roto, a pesar de las enormes divisiones internas de UCD, tensiones en el PSOE y duras polémicas en el PCE. Y es que el desarrollo del proceso democrático sólo plantea problemas tácticos —por ahora— a los tres grandes de la política española, mientras que afecta estratégicamente a la derecha neofranquista al romperse el marco político en el que ellos querían encerrar el cambio político.

La escisión de los neofranquistas, al pasarse unos a la vía dictatorial nacional y permanecer otros en el camino extraparlamentario, no tiene la misma dimensión que la pugna interna en el seno de Unión de Centro Democrático. Para los primeros el corte está en un factor estratégico —romper el proceso democrático o congelarlo sin romperlo—, mientras para los segundos la polémica es táctica al diferir únicamente en el modo y procedimiento de consolidación de la democracia. Porque los neofranquistas sufren en estos momentos el mismo dilema que durante la salida de la dictadura —ruptura o reforma— aplicado en esta ocasión a la vuelta camuflada de la involución. En otras palabras: ¿hay que volver a la situa-

ción anterior mediante la ruptura del proceso democrático o a través de su reforma extraparlamentaria?

Es decir, hay numerosas contradicciones de fondo y de primer plano que impiden una amplia coalición hasta de los mismos neofranquistas. Para su vía rupturista los nacionales necesitan la cobertura del trío Fraga, Arelliza, Osoño y para su vía reformista éstos últimos necesitan atraerse a Unión de Centro Democrático. Así la urgente derecha que hace unos días reclamaba Gonzalo Fernández de la Mora es tan inviable como el crepúsculo de las ideologías que anunciaba en los mejores tiempos del régimen dictatorial franquista. Si hoy subsisten todavía como débil alternativa política, obedece, aparte de que representan una mínima base social y unos intereses socioeconómicos muy concretos, a que aún no ha terminado de operarse la recomposición política en el seno de la derecha.

La fase constituyente, las pri-

meras elecciones en más de cuarenta años y la política personal de algunos de sus líderes ha hecho que UCD —que no es todavía un partido, sino un magma transitorio— presente cierta imagen de "izquierdas" para un electorado no habituado a piruetas políticas necesarias para poder disputar al PSOE el potencial de votos intermedios entre los dos grandes partidos. De esta manera, el neofranquismo explota esta ausencia de articulación política e ideológica de la base social de UCD para intentar sobrevivir políticamente gracias a apoyos y concursos que en otras circunstancias no recibirían de ningún modo.

El misterio de la trinidad electoral

Elo, aparte de que ninguna fuerza social —y menos la financiera— coloca todos sus huevos económicos en la misma cesta políti-



Federico Silva, José Antonio Girón, Fernández de

ca, hace que de nuevo, como en el pasado 15 de junio, los neofranquistas aparezcan superficialmente como una alternativa a la Unión de Centro Democrático; cuando en realidad su máximo papel posible es ser un grupo de presión a utilizar para condicionar la estrategia de la izquierda o de cara a la formación del inevitable Gobierno de coalición.

Sin olvidar que, de cara a los debates internos de Unión de Centro Democrático, son un excelente argumento para el sector democristiano que trabaja por centrar la apertura a siniestra desarrollada a lo largo de los últimos meses. Ahí está la rentabilidad de AP como rodillo presionador, ver la defenestración de Enrique Fuentes Quintana, para entender cómo el neofranquismo es útil siempre y cuando no traspase un determinado límite. Máxime cuando no ha hecho más que iniciarse la democracia.

Pero de ahí a considerar a este trío como un peligro electoral serio es olvidar, además de ser habitante de otra galaxia, que el 1 de marzo va a producirse lo que podríamos denominar como misterio de la trinidad electoral de la derecha, que transformará sus tres opciones, fundamentalmente, en un solo voto; dado que frente a la nada desdeñable alternativa socialista la paloma y el Espíritu Santo nada tienen que hacer frente a la omnipotencia divina de UCD. Lo contrario sería primar al PSOE.

De ahí que los sectores de opinión que desde la izquierda continúan pensando, para justificar su no beligerancia a Adolfo Suárez, que los neofranquistas pueden restar sustancialmente votos a la Unión de Centro Democrático, no acaban de ver que el grueso de la derecha coincide en considerar al partido gubernamental como su principal exponente político, aunque diverja de esta o aquella táctica circunstancial. Y es que después de cuarenta años de estimar como representantes del bloque dominante a los neofranquistas cuesta, a veces, trabajo y tiempo entender qué en la derecha se está operando un sustancial cambio de personal político y que ese cambio va a tener su principal cauce a través de Unión de Centro Democrático. Un José Pedro Pérez Llorca, un Oscar Alzaga o Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona —por nombrar sólo jóvenes diri-

gentes de UCD— son ya hoy mucho más representativos de la fracción hegemónica del bloque social de la derecha que Manuel Fraga, José María de Areilza o Alfonso Osorio, que únicamente reflejan los intereses en declive de la decadente burguesía neofranquista.

Las repercusiones poselectorales

Por ello, el verdadero peligro para los intereses políticos de la derecha no se encuentra en su derecha, sino en su izquierda. Y para evitarlo lo esencial es inclinarse hacia la izquierda el principal partido de la derecha porque los votos de este electorado acabarán confluyendo, aunque sea a regañadientes y haciendo de tripas corazón, en virtud del misterio de la trinidad que antes mencionábamos.

Por este proceso electoral no es más que una coyuntura intermedia en el camino de la recomposición política de la derecha que se inició tras la muerte del dictador y que aún no ha acabado. Muy probablemente, cuando recorra sus próximos pasos, estas tres derechas acabarán desembocando en dos únicas direcciones: una neofascista y otra democrática. De hecho, estas últimas elecciones van a indicar cómo los fascistas han ganado dos neofranquistas y cómo los restantes oscilan entre marchar hacia UCD o seguir el camino de Gonzalo Fernández de la Mora y Federico Silva.

Y ello va a pasar por la voladura controlada de los neofranquistas y por la recomposición gradual de Unión de Centro Democrático. La llamada Confederación Democrática Española va a tener una vida más corta que Alianza Popular, bifurcándose sus componentes en dirección al rostro legal del fascismo o hacia una UCD reequilibrada en una perspectiva democrática cristiana. Fecha clave para ello será el inmediato período poselectoral ante la composición del primer Gobierno de coalición que se formará en este proceso democrático en base a UCD y al PSOE. Entonces la derecha hará uso de las dos manos al recoger, por un lado, a los restos democráticos del trío neofranquista y aliarse, por la otra parte, con los socialistas gubernamentales. ■



ora y Blas Piñar: fascistas y neofranquistas unidos.

Los
CoNteM
poRa
ñEoS

¡ESTA DEMOCRACIA!

Ni la democracia ni sus dirigentes nos aseguran no ya un mayor nivel de bienestar, sino ni siquiera la vida", dice un editorial de "La Gaceta del Norte", que ha despertado un amplio eco: lo han reproducido, por lo menos, "ABC" e "Informaciones", de Madrid. Lógicamente, se supone que por lo menos el periódico que hace la publicación original piensa que debería haber otro régimen que les asegurara —a ese "nos" en que escriben los editorialistas y los Papas; los Reyes han terminado por aceptar el singular— un mejor nivel de vida, y la vida misma. No les va a ser fácil encontrarlo. El régimen anterior, sin duda, les era más favorable en esos aspectos, aunque, desgraciadamente, no tuviera la misma eficacia para los otros ciudadanos. Por otra parte, no volverá exactamente como era, a menos que se le evoque mediante un velador de tres patas o cualquiera de los otros acreditados medios que hay para invocar a los espíritus.

Pedirles, a los editorialistas y sus entusiastas difusores, que colaborasen a hacer fuerte y segura la democracia sería, naturalmente, pedirles demasiado. Podría pedírseles que, por lo menos, no la acusaran de aquello de que no es culpable, o que no trabajaran en un sentido contrario a su instalación sería también exagerado. La democracia, ya se sabe, no tiene grandes medios a su alcance para contener a los antidemócratas.

Sobre todo cuando no son los demócratas los que la hacen. La democracia la están haciendo los antidemócratas de toda la vida, y pretenden hacerla a su imagen y semejanza. Les sale mal. No es culpa suya. No saben, no tienen vocación.

Tampoco parece que la tienen ciertos ciudadanos. Por ejemplo, los que afirman que son demócratas, como la propia "Gaceta del Norte", de Bilbao: "España y los españoles hemos votado a la democracia...", dicen en el mismo editorial. El "nos" es siempre socorrido. (La anécdota es antigua: la del caballero que decía: "Creía que íbamos a ganar las izquierdas y hemos ganado las derechas".) Parece raro que hayan votado la democracia y luego digan que la democracia "no nos asegura...". Pero, ¿qué se han creído que es la democracia? A un dictadura se le puede pedir responsabilidad. A una democracia sólo se le puede pedir responsabilidad haciendo una autocrítica: "Los demócratas no hemos conseguido...". Una democracia no nos hace: la hacemos nosotros. Si nos dejan. Se puede, también, pedir responsabilidad a un Gobierno, incluso a un Jefe de Estado, si uno se atreve. Pero no a una forma de régimen.

La realidad en nuestros momentos es que la guerra al Estado declarada por el terrorismo es considerablemente menor que la guerra declarada por esta corrosión continua de quienes no ayudan a hacerlo y lo repudian, de quienes se lanzan sobre el terrorismo para justificar su destrucción. El terrorismo no es más que una manera de crear cómplices: en España está teniendo un éxito que sin duda sorprende a sus propios creadores. No ha conseguido tanto en ninguno de los países del mundo donde se está aplicando. Sin duda porque en esos países lo que no se discute es la democracia. Y porque nadie piensa en sustituirla por otro régimen. Lo que se discutirá será la valía de un Ministerio, la eficacia de una Policía, la culpabilidad de una política determinada. Y lo que se ataca, sobre todo, es el terrorismo.

Culpar a la democracia porque no nos da bienestar ni seguridad de vida es tan disparatado como culpar a la Monarquía. Son sistemas que están por encima. Se podrá culpar a los terroristas, se podrá culpar a quienes les utilizan. Pero la democracia es, sobre todo, una víctima. ■

POZUELO